

Punto Cero

Pensar Colectivamente desde las izquierdas en tiempos de fractura

No. 1



Créditos

Izquierda 593

Fernando Muñoz-Miño
Franklin Ramírez Gallegos
Alejandra Santillana Ortiz
Pamela Viteri Baquero

Colaboraciones externos de este número:

Inti Cartuche Vacacela
Pedro Amaru Espinosa
Natalia Sierra Freire

Sistematización del número:

Fernando A. Muñoz-Miño

Gracias al apoyo de la Friedrich-Ebert Stiftung en Ecuador (FES-Ecuador)
Anahí Macaroff, coordinadora de proyectos en FES Ecuador

Diseño y diagramación:

Nelson Mora Murcia

ISBN: 978-9978-94-272-7

Quito-Ecuador
Junio 2025

Los contenidos de esta publicación se pueden citar y reproducir, siempre que sea sin fines comerciales y con la condición de reconocer los créditos correspondientes refiriendo la fuente bibliográfica.

El uso comercial y la reimpresión de todos los materiales editados y publicados por la Friedrich-Ebert-Stiftung (FES) están prohibidos sin previa autorización escrita de la FES.

Las opiniones expresadas en esta publicación no representan necesariamente las de la Friedrich-Ebert-Stiftung.

Contenido

Editorial. Izquierda 593: Pensar colectivamente en tiempos de fractura.....	4
13-A: Siete tesis frente al colapso democrático, derrota popular y horizontes de la unidad.....	5
Sistematización del diálogo político: “Abril 2025 y el triunfo de Noboa” (5 de mayo de 2025).....	8
Contexto general.....	5
1. ¿Por qué se dio el triunfo de Daniel Noboa y la derrota de las izquierdas?.....	8
A. Derrota estructural y descomposición del campo popular.....	8
B. Abandono de los territorios y repliegue al discurso aéreo.....	8
C. Vaciamiento del discurso y cesión del lenguaje político.....	8
D. El miedo como motor de movilización política.....	8
E. Captura del deseo y resignificación de los símbolos aspiracionales.....	9
F. Desconexión generacional y lenguaje juvenil ausente.....	9
G. Fallas comunicacionales y exceso de abstracción.....	9
H. Operaciones institucionales, clientelismo y fraude.....	9
2. ¿Qué podemos hacer frente a esto?.....	9
a) Reconstrucción de la unidad desde lo afectivo y programático.....	9
b) Volver a los territorios y recomponer el tejido social.....	9
c) Construir una pedagogía de la esperanza...educación popular.....	9
d) Disputar la institucionalidad con estrategia.....	9
e) Repolitizar el sentido común y disputar el lenguaje.....	10
f) Sustener espacios de articulación y acción conjunta.....	10
Lo que también nos dicen los silencios.....	10
Conclusiones.....	11
Amplitud de debate.....	12
El futuro del movimiento indígena y la izquierda, de Inti Cartuche Vacacela.....	12
La estrategia clientelar de Noboa, de Pedro Amaru Espinosa.....	15
Ecuador: del neoliberalismo al necroliberalismo, de Natalia Sierra Freire.....	16
Para seguir pensando colectivamente.....	19
Sobre Izquierda593.....	19

Izquierda 593: Pensar colectivamente en tiempos de fractura

En medio de un país atravesado por la violencia, la despolitización y la fragmentación de los sectores populares, nació Izquierda 593, un espacio de encuentro y pensamiento crítico creado por un pequeño grupo de personas provenientes de distintas trayectorias políticas de izquierda. Se trata de una iniciativa reciente, sin grandes pretensiones, pero con una clara urgencia: abrir un lugar para pensar las izquierdas, el campo popular organizado y los desafíos del presente. No como un ejercicio academicista encerrado en los conceptos, sino como una apuesta por leer colectivamente la coyuntura y las derrotas que enfrentamos, así como debatir diversas problemáticas que van desde las tradiciones de pensamiento y las apuestas estratégicas en la historia, hasta el carácter de las derechas y su vínculo con el capitalismo, el patriarcado y la colonialidad.

Este primer boletín recoge los aportes de una primera sesión abierta que organizamos, realizada el 7 de mayo de 2025 en Quito, con el apoyo de la Fundación Friedrich Ebert (FES) y FLACSO Ecuador. El evento convocó a militantes, investigadoras, activistas y personas vinculadas a los movimientos sociales que, con disposición al diálogo y al desacuerdo, aceptaron el reto de pensar juntas el momento político actual. La discusión se estructuró a partir de un documento base con siete tesis interpretativas que elaboramos tras las elecciones del 13 de abril, en las que Daniel Noboa ganó ampliamente y las izquierdas —en sus múltiples variantes— sufrieron una derrota contundente.

Este boletín no busca ofrecer una respuesta cerrada ni una lectura definitiva, sino abrir una conversación sostenida. Porque, más allá del impacto inmediato de los resultados electorales, es urgente que las izquierdas podamos construir un espacio de reflexión sistemática que nos permita comprender a fondo lo que está ocurriendo en el país. Solo desde ese ejercicio de pensamiento colectivo, lúcido, pausado y riguroso, podremos orientar una acción política efectiva y replantear nuestras formas de organización y lucha. La ausencia de reflexión estratégica y sistemática —conectada

con la realidad concreta de los territorios, las emociones sociales y las transformaciones culturales— ha debilitado nuestras capacidades de respuesta y nos ha colocado a la defensiva, pero también a una especie de impotencia frenética que fortalece el falso dilema entre hacer y pensar, y que configura la idea de que la política es una serie de tareas sin reflexión colectiva y profunda. Este tiempo acelerado, que se nos escapa, que nos deja agotadxs, es el reflejo del actual capitalismo, que se siente como máquina asfixiante, una máquina que no nos permite respirar, como sugiere Franco Berardi en *La fábrica de la infelicidad*.

Por eso, este boletín es también una invitación a pensar más, a pensar pausado para poder respirar, a pensarnos juntxs y a construir hipótesis políticas que sirvan para rearticularnos.

La estructura de este número recoge, en primer lugar, el documento de las siete tesis compartidas como base del diálogo colectivo. Luego, presenta una sistematización del conversatorio “Abril 2025 y el triunfo de Noboa”, que sintetiza los principales nudos del debate, las preguntas más insistentes, así como las rutas de acción planteadas. Finalmente, se incluyen tres textos de reflexión que amplían y problematizan desde distintas perspectivas los efectos del actual momento político: un análisis del movimiento indígena y las izquierdas, un estudio sobre la estrategia clientelar de Noboa y una lectura crítica sobre la lógica necroliberal en el país. Cada uno de estos textos contribuye a ampliar el marco de comprensión del presente, con la convicción de que solo desde la pluralidad de voces y experiencias podremos construir una mirada crítica y transformadora.

Porque si hay algo que falta en este país es escucharnos. Este documento es una tentativa para empezar a hacerlo. ¿Qué pasó el 13 de abril? ¿Qué podemos hacer ahora? ¿Cómo recomponer la potencia política del campo popular? Las páginas que siguen intentan trazar un mapa inicial —imperfecto, plural, abierto, incompleto— para pensar juntxs estas preguntas y, ojalá, comenzar a caminar hacia respuestas comunes.

13-A: Siete tesis frente al colapso democrático, derrota popular y horizontes de la unidad

[El 28 de abril de 2025, Izquierda 593 circuló una reflexión colectiva que intentaba ensayar posibles explicaciones sobre los resultados de las elecciones generales 2025. Este texto fue el punto de partida de la discusión amplia sostenida el 5 de mayo]

Si bien aún no se ha dado la proclamación final de los resultados de las elecciones del 13 de abril², las dinámicas de la lucha política y las recientes evoluciones institucionales permiten una primera lectura sobre el deterioro del escenario democrático y el sombrío balance en la correlación de fuerzas para el campo popular tras los comicios. La apertura de un nuevo momento en el proceso de dominación política del Ecuador demanda la más amplia, generosa y abierta reflexión desde las izquierdas a fin de situar el terreno de la disputa y calibrar las opciones más viables para caminar las resistencias y dibujar el estrecho espacio de lo posible en el tiempo que viene. Bajo tal imperativo crítico y autocrítico ponemos a debate siete tesis:

1. El proceso electoral de 2025 ha sido el más inequitativo, opaco y arbitrario desde el retorno democrático de 1979.

Las autoridades electorales sirvieron plenamente los intereses del candidato-presidente y no pusieron ningún límite a su todopoderosa maquinaria electoral. Dineros públicos, fortunas privadas, despliegue militar y todo el aparataje de la burocracia y el Estado fueron usados sin frenos para apuntalar la campaña oficial. Nadie que resulte electo de un sufragio de esta naturaleza puede reclamar para sí legitimidad democrática. Una elección fraudulenta solo encumbra en la cima un poder abusivo.

2. Nada en el horizonte permite avizorar que el país recupere mínimos de normalidad democrática.

Las instituciones están rendidas al poder presidencial. El eje cívico-militar que viene apuntalando la “guerra interna” sale reforzado de los comicios de 2025. Las ya hondas cuerdas de la derechización de la sociedad (¿fascistización?) pasan a orbitar la lógica de la guerra y la violencia extrema. No otra cosa ofreció Noboa en campaña: privatizar la seguridad,

sembrar mercenarios, redoblar la violencia. Además de esta política del miedo, la vorágine de los bonos (560 millones), la fortuna familiar y la cooptación de los árbitros electorales explican la victoria presidencial. La opción de las élites por la vía autocrática y militarizada de Noboa desnuda la absoluta falta de compromiso de la derecha con la democracia.

3. Nos encontramos ante una derrota parcial del campo popular organizado. Ésta constituye una derrota estratégica, ideológica y anímica; en donde todas las posiciones del tejido social organizado, así como sus intelectuales y redes (tanto quienes llamaron a votar nulo así como lxs que votaron a la unidad), debemos asumir la responsabilidad de haber llegado a este momento. Preocupa que a estas alturas, las izquierdas y el progresismo sigamos malinterpretando y subestimando el proyecto en curso de la extrema derecha que constituye la consolidación de un proyecto neoliberal fascistoide (con posibilidades hegemónicas) que condiciona, subordina y aniquila la vida de la clase trabajadora y la de la naturaleza a los intereses del capital pero en lo hace desde una eficiente comprensión emocional de la crisis y de las herramientas que permiten conectar con la dimensión afectiva y sensible de la población. En ese mismo sentido, la derrota parcial está marcada por el fortalecimiento de una gramática, una forma de hacer y pensar de la ultraderecha que determina no solo la iniciativa en los múltiples planos de la sociedad, si no que orilla a las izquierdas a un plano defensivo mientras la desesperanza y el agotamiento son parte de la disciplina que impone la acumulación capitalista, el racismo estructural y la misoginia generalizada. Una derrota en donde al menos por ahora, Noboa logra capitalizar el malestar de la época a la par que se evidencia una derechización de amplios sectores sociales incluyendo los populares o un proceso a la interna que aún no logramos entender. Urge entonces asumir esta derrota de manera colectiva con el propósito de comprender su situada condición de dominación estructural así como nuestra posible participación en ella, con el propósito de comprender para orientar la transformación del presente y alumbrar un horizonte colectivo menos injusto.

² Cabe recordar que estas tesis fueron escritas casi inmediatamente después de las elecciones, al calor de las denuncias sobre fraude y con un escenario opaco.

Pero no podemos dejar que la ultra derecha fascistoide convierta esta derrota temporal y parcial, en una derrota mayor con consecuencias a largo plazo. Y es que no sabemos aún si el proyecto neoliberal clásico tiene como objetivo el cambio radical de las relaciones de poder y las dinámicas del capitalismo, pero sobre todo no sabemos si podrá debilitar aún más al campo popular organizado. Por eso proponemos la derrota como un lugar momentáneo que nos permite pensar juntxs cómo se recobra una disposición de lucha, en donde ésta sea simultáneamente orientada por una estrategia independiente y unitaria.

4. El efecto de Noboa es la recomposición autoritaria de la hegemonía en dos pasos: guerra y constituyente. La consolidación del régimen de Daniel Noboa debe leerse no como un fenómeno aislado ni meramente electoral, sino como parte de una estrategia estructurada de recomposición hegemónica del bloque de poder, que avanza en dos momentos complementarios y secuenciales: la guerra y la constituyente. Ambos dispositivos operan como momentos articulados de una estrategia de restauración de la hegemonía de clase en clave autoritaria. Por un lado, **la llamada “guerra” no es sino una estrategia de hegemonía coercitiva**, que recurre a la militarización del conflicto social y la privatización de la represión. Las funciones del Estado coercitivo se descentralizan hacia dispositivos de control paraestatales (empresas de seguridad, capital extractivo, redes clientelares), configurando un Estado integral en descomposición, donde esta reconfiguración cumple el “primer paso” a través el miedo, la despolitización y la fragmentación de lo popular. Por otro lado, **la constituyente funciona como blindaje institucional del nuevo orden y como máscara teatral de consenso**, esta iniciativa de las élites económicas, de las cámaras empresariales y de los capitales transnacionales buscan reconfigurar las reglas del juego para consolidar el despojo, profundizar la mercantilización de lo público y formalizar la privatización del Estado. Se trata de un momento clave en la recomposición de la hegemonía de clase, en el que las élites organizan una contraofensiva constituyente para reescribir el pacto social desde el poder, cerrando el paso a toda posibilidad de proyecto nacional-popular. Así, la Constituyente deviene en mecanismo de clausura de la imaginación política, en vez de ser un campo abierto de disputa. Estos dos mecanismos reorganizan el bloque histórico mediante la subordinación del Estado integral y de la sociedad civil al proyecto de dominación impulsado por una fracción dirigente del capital, que busca reconfigurar todas las condiciones de gobernabilidad en favor de sus intereses de clase. **Por ello afirmamos que: la instrumentalización de la institucionalidad, el vaciamiento de los derechos y la normalización del terror de Estado no son efectos colaterales: son el programa.**

5. Persistir en la unidad. Frente a este contexto, la experimentación de procesos de convergencia, alianza y unidad en el campo popular organizado de izquierdas y progresista se manifiesta como el único camino posible para responder al desafío del nuevo contexto y también

a la necesidad de construir una alternativa realista y transformadora. El caso de la Unidad programática de las izquierdas, la Asamblea plurinacional y el pacto entre los partidos políticos de la tendencia, si bien son experiencias perfectibles, deben tomarse como punto de partida para un nuevo momento de diálogo y acuerdo que rompa la artificial división entre las fuerzas políticas sociales partidistas y se aboque al imperativo ético y responsable de construir una respuesta inmediata y un proyecto emancipador futuro.

6. En esa medida, la urgencia y pertinencia de la unidad se potencia si se consideran al menos tres dimensiones.

La primera, es la de la **resistencia**, puesto que la arremetida reaccionaria y persecutorio que crece desde el triunfo del gobierno solo podrá ser respondida y contestada con la articulación de las fuerzas progresistas, creando las barricadas suficientes para evitar el retroceso en las ganancias históricas del movimiento social ecuatoriano; la segunda, es la del **cuidado**, puesto que en medio del terror y la violencia, la unidad y su despliegue concreto, a través de la acción recíproca y solidaria, se convierte en un espacio de protección y regeneración de las fuerzas abocadas al cuidado de la vida y los derechos; y la tercera es la del **ejercicio de la política** concreta en su dimensión más inmediata, cristalizada en la amenaza inminente de una Asamblea constituyente que consagre el proyecto privatizador de Noboa, frente a la cual es preciso el reforzamiento de los vínculos de confianza que permitan coordinar acciones políticas que frenen esta amenaza o, en su defecto, permitan gestionar una propuesta orgánica que pueda disputar este espacio desde adentro.

7. Tanto el progresismo como buena parte de las izquierdas, requerimos hacer un profundo e insustituible camino para dejar la soberbia y la superioridad moral con la que nos vemos y vemos a lxs otrxs, y asumirnos dentro de un proceso y un tiempo que pone en riesgo la propia existencia del campo popular organizado del Ecuador. Como escribía Lucía Nasser, bailarina y militante uruguaya, “la autocrítica es verse en el mundo y desde los ojos de otrxs que no entienden la “importancia” de lo que hacemos. Es escuchar. Es asumir que no es suficiente ser críticxs con el sistema y describir, lo que ya sabemos, que el sistema democrático es burgués y que frente a las elecciones, la otra cara radical y revolucionaria, es “organizarse y luchar”. No sólo porque la derrota antes situada implica una profunda debilidad y arrinconamiento del tejido social, sus ideas y deseos de cambio; si no porque ni la lucha, la creación o el poner el cuerpo son planteos ontológicamente críticos, recordemos que el neoliberalismo también pone cuerpos, captura luchas y su dominación está hoy en día en las relaciones materiales/objetivas y en la imaginación y el deseo. Quizás como dice Amador Fernández Savater, el desafío político actual tiene que ver con otras maneras de pensar y hacer, en donde la producción de lo común en el campo popular sea sobretodo crear las condiciones, los espacios, las estrategias para el encuentro y la conversación, y no la repetición de prácticas de mercado que abordan las emociones como identificaciones y nichos de marketing, mientras aíslan

y fragmentan porque su eficiencia radica precisamente en ser un espejo del capital desde “la narrativa de las izquierdas” y no desde la intensidad vital de los afectos, desde la materialidad de la vida diversa, en donde prácticas y experiencias son otras maneras de pensar juntxs. Porque si no comprendemos que la gran tragedia que nos asiste es que las prácticas de vida de las grandes mayorías están del lado de la derecha, poco podremos caminar en otra dirección. No podemos permitir que persistan

las absurdas divisiones de las izquierdas actuales entre la lucha por cambiar los modos de vida y el anhelo contra hegemónico, como bien nos alerta el movimiento agroecológico brasileño, autonomía y hegemonía deben ser parte de una misma estrategia. La esperanza, entonces, tiene que ser crítica y autocrítica para que surta efecto, porque como escribía Raymond Williams “ser verdaderamente radical es hacer la esperanza posible, no la desesperación convincente”.

Sistematización del diálogo político: “Abril 2025 y el triunfo de Noboa” (5 de mayo de 2025)

Contexto general

El encuentro cuya sistematización se presenta a continuación reunió a más de cuarenta voces diversas del campo popular, militante y académico ecuatoriano para debatir los resultados electorales del 13 de abril de 2025, que dieron la victoria a Daniel Noboa y significaron una nueva derrota para los sectores de izquierda y progresistas. El objetivo fue responder colectivamente a dos preguntas fundamentales: ¿por qué se dio este resultado? ¿Y qué se puede hacer al respecto?

Este documento recoge los nudos argumentales más importantes del debate, dando cuenta tanto de los puntos de consenso como de las divergencias, y destacando citas textuales que permiten ilustrar el carácter crudo, autocrítico y emotivo de la conversación.

1. ¿Por qué se dio el triunfo de Daniel Noboa y la derrota de las izquierdas?

A. Derrota estructural y descomposición del campo popular

La derrota del 13 de abril fue entendida por muchos participantes no como un hecho puntual sino como la expresión de un proceso prolongado de descomposición del campo popular. No se trató solamente de perder una elección, sino de la acumulación de derrotas en diversos frentes: políticos, culturales, institucionales, incluso emocionales. “Nos siguen metiendo goles cada semana y ni siquiera nos enteramos”, expresó un participante, apuntando a la sensación de desconexión y falta de capacidad de reacción ante una ofensiva sostenida por parte de las élites. Otro añadió: “Estamos perdiendo por default, por ausencia, por incapacidad de sostener nuestra presencia en los conflictos del país”. Esta derrota estructural se ha vuelto tan naturalizada que algunos sectores ni siquiera la perciben como tal, lo que agrava aún más la desmovilización.

B. Abandono de los territorios y repliegue a la disputa por las redes sociales

El desplazamiento del trabajo político desde los territorios hacia las redes sociales fue señalado como un error

estratégico profundo. Durante la segunda vuelta, se dejó en manos de comunicados institucionales o posts de redes sociales lo que debió ser una acción directa en barrios, comunidades, ferias, sindicatos y mercados. “Abandonamos el territorio en el momento en que más lo necesitábamos”, fue una de las frases más repetidas. El vacío fue aprovechado por el aparato estatal, que ingresó con promesas de bonos, atención directa, dádivas y falsas soluciones. En palabras de una dirigente indígena: “Vinieron cuatro veces a Ibarra: Noboa, su esposa, su madre... Fueron con todo. Nosotros ni siquiera volvimos”. El territorio fue cedido sin disputa suficiente.

C. Vaciamiento del discurso y cesión del lenguaje político

La disputa por el sentido común democrático, solidario, empático, de izquierdas ha sido perdida en gran medida, mientras que asistimos a un triunfo generalizado y hegemónico de la ideología de las élites, que no es otra cosa que una instauración, sin contraste del capitalismo, el racismo y el patriarcado. Términos como “democracia”, “libertad” o “seguridad” han sido absorbidos por las derechas y vaciados de contenido transformador. “Nos quitaron las palabras y ni nos dimos cuenta”, se dijo con amargura. Este proceso no ha sido inmediato: tiene décadas, pero se ha acelerado en los últimos años. Como expresó otra participante: “¿Cómo puede ser que hablar de justicia social suene más radical que pedir mano dura?”. Las izquierdas no han sabido reapropiarse del lenguaje o crear uno nuevo, y han caído en discursos defensivos o hiperintelectuales que no movilizan ni conectan.

D. El miedo como motor de movilización política

El miedo se instaló como emoción política dominante. Se habló no solo del miedo a la delincuencia, sino del miedo a perder el trabajo, a que los hijos caigan en la droga, a que te quiten lo poco que tienes. “Mi madre me dijo que votó por Noboa porque no quería que le roben su casa. No importa si es una casa humilde. Es su casa”, relató una participante. Las campañas de miedo operaron con una eficacia brutal. El Plan Fénix, los decretos de estado de guerra, la presencia militar, todo eso fue asimilado como un escudo protector. El miedo,

se dijo, anuló la capacidad de imaginar alternativas, de forma similar a lo que Marina Garcés supo denominar como “tiempo póstumo” en su obra *Nueva ilustración radical*, comprendido como aquel tiempo marcado por la condena y el no futuro donde reina la incertidumbre.

E. Captura del deseo y resignificación de los símbolos aspiracionales

Más allá del miedo, la derecha logró conectar con el deseo. “Critizamos al millonario, pero la gente quiere ser como él. No lo odian: lo admiran”, se dijo. Esta identificación simbólica con el privilegio muestra que la izquierda ha fallado en construir una estética del bienestar alternativo. La crítica a los ricos aparece como envidia, no como justicia. “Cuando decimos que la esposa de Noboa es privilegiada, nos dicen ‘¿y qué? Deja que viva bien, ojalá yo pudiera’”. En ese sentido, se señaló la necesidad de no atacar el deseo de una vida buena, sino proponer otra forma de alcanzarla.

F. Desconexión generacional y lenguaje juvenil ausente

La juventud fue identificada como un campo decisivo y actualmente perdido. Se contó cómo muchos jóvenes votaron por Noboa porque era tendencia en TikTok. “Un chico me dijo: ‘No sé por qué, pero estaba de moda. Todos hacían videos con el cartón’”, relató una compañera del sector audiovisual. No se trata de banalizar, sino de comprender que las nuevas generaciones acceden a la política desde otros códigos. “Nosotros hablamos de lucha de clases; ellos hablan de likes y followers. Tenemos que aprender ese idioma sin renunciar al contenido”, fue la propuesta.

Igualmente, se puso en discusión sobre el papel que jugaron los adultos mayores en los resultados electorales; más allá del rol concreto que jugaron en el triunfo de Noboa, que no puede verificarse todavía por la falta de datos rigurosos que puedan dar cuenta del aumento de este tipo de voto facultativo, no ha dejado de ser parte de la gramática triunfalista del gobierno.

G. Fallas comunicacionales y exceso de abstracción

La crítica a los discursos académicos y abstractos fue insistente. Se cuestionó la manera en que se habla desde los movimientos: “Parece que habláramos solo para convencernos entre nosotros”. Se mencionó que las palabras no aterrizan: “¿Qué entiende una vendedora de la terminal cuando hablamos de necropolítica o de estructuras de acumulación?”. El problema no es el contenido, sino la forma. “Hay que traducir lo que pensamos, no simplificarlo, sino hacerlo accesible, emocional, cotidiano”, se dijo. Además, se mencionó que muchas veces se habla desde el deber ser, pero no desde la realidad.

H. Operaciones institucionales, clientelismo y fraude

La dimensión institucional de la derrota no fue ignorada. Se documentaron acciones sistemáticas de clientelismo electoral, especialmente en zonas rurales y entre comunidades

migrantes. “En Nueva York, los consulados daban cartones y kits de alimentos. ¿Cómo compites con eso si no estás allá?”, preguntó un participante. También se mencionó el rol de la Iglesia Católica: “Los viejitos votaban porque el cura les decía que Taita Dios quería que ganara Noboa”. Aunque no se probó un fraude masivo, sí se denunció un entorno viciado por irregularidades, presiones y desinformación. “La institucionalidad ya no nos pertenece”, fue una frase dolorosa pero lúcida.

2. ¿Qué podemos hacer frente a esto?

Por otro lado, también se consideró pertinente lanzar una interrogante dirigida hacia la acción. En ese sentido, las principales.

a) Reconstrucción de la unidad desde lo afectivo y programático

La unidad fue invocada no como consigna, sino como necesidad vital. Se habló de reconstruir lazos rotos, de volver a mirarse como compañeras y compañeros, incluso cuando se discrepa. “No puede haber moral política sin respeto por tu interlocutor”, dijo un dirigente local. La unidad debe ser también programática: con ideas claras, principios comunes y estrategias colectivas. Se propuso revisar las agendas del pasado y construir nuevas prioridades, más conectadas con las urgencias actuales: seguridad, empleo, salud, territorio.

b) Volver a los territorios y recomponer el tejido social

Retomar el territorio fue uno de los consensos más fuertes. No como un lugar de paso, sino como un horizonte permanente. “Hay que volver a tocar puertas, a conversar, a escuchar sin juzgar”, dijo una compañera de Quito. Se compartieron experiencias de TikToks en barrios populares, ferias comunitarias, visitas puerta a puerta. “No podemos pensar el país desde el Twitter. Tenemos que pensarlo desde la vereda”. Se habló también de la necesidad de articular con liderazgos barriales, sindicatos y redes locales de cuidado.

c) Construir una pedagogía de la esperanza... educación popular

Varios participantes insistieron en que no se puede seguir apelando sólo al dolor, la denuncia o la indignación. “La desesperación no moviliza: paraliza. La gente quiere esperanza, aunque sea mínima”, se dijo. Una joven resumió así: “Nos falta prometer alegría, prometer futuro”. La pedagogía de la esperanza implica hablar desde lo posible, desde lo alcanzable, sin caer en promesas vacías. “Si el cartón ofrecía becas, hay que recordarle a la gente que no llegaron. Pero también hay que decir qué sí podemos ofrecer nosotros”.

d) Disputar la institucionalidad con estrategia

Se reconoció que no se puede abandonar los espacios institucionales, por mínimos que sean. “Si dejamos la Asamblea, los municipios, los consejos... perdemos los últimos

bastiones”, advirtió. Se llamó a construir vocerías valientes, respaldadas por redes de apoyo. “Hay gente que está sola en sus cargos, con miedo. Necesitan saber que no están solos”. También se propuso trabajar desde la legalidad para defender derechos adquiridos: “La Constitución de Montecristi no es del correísmo, es del pueblo. Hay que defenderla desde esa memoria”.

e) Repolitizar el sentido común y disputar el lenguaje

La disputa por el lenguaje fue vista como una batalla cultural de largo aliento. “Tenemos que reapropiarnos de palabras como ‘familia’, ‘futuro’, ‘seguridad’, pero desde otro lugar”, se dijo. Para eso, hay que volver a hablar con claridad, emoción y cercanía. “La señora que vende chicles en la esquina no quiere saber de Marx. Quiere saber si podrá dormir tranquila esta noche”, expresó un pedagogo popular. Se propuso crear materiales pedagógicos, canciones, memes, videos y todo tipo de herramientas que lleven el discurso transformador a la cotidianidad.

f) Sostener espacios de articulación y acción conjunta

Finalmente, se remarcó que este tipo de debates no pueden ser eventos esporádicos. “No podemos seguir haciendo catarsis sin continuidad. Necesitamos estructura, compromiso y hoja de ruta”, se insistió. Se propuso generar espacios de articulación que combinen análisis, estrategia y acción. También se habló de sostener redes de cuidado entre quienes están en primera línea: vocerías, funcionarios, militantes perseguidos. “Hay que institucionalizar el afecto, sistematizar la solidaridad, y calendarizar la esperanza”.

Lo que también nos dicen los silencios

Más allá de lo que se dijo en el conversatorio, los silencios también hablaron. En una conversación marcada por la urgencia del diagnóstico y la necesidad de recomponer el horizonte político, hubo ausencias que interpelan. No se habló lo suficiente, por ejemplo, de las experiencias territoriales de resistencia y de organización popular que, aunque fragmentadas, sostienen día a día formas concretas de vida digna en medio del despojo. El énfasis estuvo puesto en los grandes marcos —el Estado, las elecciones, las izquierdas electorales—, dejando en segundo plano los procesos comunitarios, ecologistas, barriales, sindicales o feministas que habitan otras escalas del conflicto y de la esperanza.

También hubo silencio sobre las condiciones materiales que hacen posible o inviable la participación política de muchas personas. Las formas en que el hambre, el desempleo, el endeudamiento cotidiano y la violencia estructural limitan o moldean la acción política no fueron suficientemente abordadas. La precarización de la vida no es solo un contexto, es un dispositivo que impone ritmos, prioridades y bloqueos que las izquierdas no siempre están dispuestas a ver. ¿Cómo organizar cuando la urgencia es sobrevivir? ¿Qué significa

militar en una sociedad cada vez más capturada por el miedo, el individualismo o la lógica de la fuga?

Esa ausencia resuena con otra, y es la imposibilidad colectiva de nombrar el proyecto actual de las derechas, de las élites, así como la vinculación con una comprensión sobre el momento actual del capitalismo. Pareciera como dice Maurizio Lazzarato en *¿Hacia una nueva guerra civil mundial?*, que el proyecto es la guerra, que es la necropolítica como manera política extendida e intensificada, como alude Achille Mbembe en *Necropolítica*, que es esa instalación de la muerte, la crueldad y el exterminio denunciada por las organizaciones afrodescendientes, y sin embargo aún está muy opaca la caracterización y comprensión de este proyecto como forma social y política en Ecuador.

Otro silencio importante fue el de las emociones. Aunque se habló de la derrota y de la fragmentación, faltó una reflexión más profunda sobre el duelo, la desilusión, la rabia, el miedo o la vergüenza que atraviesan hoy a las militancias. Sin nombrarlas, estas emociones operan como fuerzas políticas, a veces paralizantes, a veces movilizadoras. Reconocerlas como tales puede abrir espacios de cuidado, reencuentro y sanación colectiva que hoy son imprescindibles para cualquier reconstrucción política. Pensar desde las emociones no es ceder al sentimentalismo, sino asumir que lo político también se juega en el cuerpo, en el ánimo y en los afectos compartidos.

Y aunque el tema de la unidad estuvo presente como horizonte deseado, se habló poco de la unidad de las izquierdas en sí misma. No hubo tiempo —o quizá palabras— para explorar las tensiones concretas que impiden hoy ese tejido común: las disputas de sentido, los quiebres históricos no saldados, la competencia por la legitimidad y los recursos, la distancia entre generaciones o entre sectores organizados y no organizados. ¿Qué tipo de unidad buscamos? ¿Desde dónde y con quiénes? ¿Y qué estamos dispuestas a poner en juego para que esa unidad sea algo más que una consigna? En medio del debate, se vislumbra también la idea de que las izquierdas son otrxs y no nosotrxs, en buena parte de las intervenciones, las izquierdas son los partidos, o los pequeños colectivos que aún se identifican como revolucionarios. Este carácter se hace evidente también en una especie de gramática autonomista presente en gran parte de los colectivos, “las izquierdas son racistas, misóginas, alejadas, solo electorales, poco confiables, etc. pero sobretodo se concentran en el Estado, y esa disputa es un problema que nos quita energía; sin embargo tampoco queremos disputar esta lógica más allá de nuestros propios espacios”. Queda pendiente deliberar lo que algún compañerx propuso, y es la necesidad de construir algo nuevo.

La falta de debate sobre la unidad, nos remite también a otras formas de confluencia y articulación que quedaron por fuera, de la construcción de agendas comunes (es posible en medio de la diversidad producir lo común, cómo, con quiénes, hasta qué punto la política de la identidad define nuestras formas de relacionamiento) y de contornos que nos permitan caminar

a organizar la resistencia frente a las derechas. En ese silencio también se anida una tarea pendiente.

Reconocer estos silencios no implica clausurar la conversación, sino ampliarla. Y es que, tal como señala Diego Sztulwark, “[...] mientras que el síntoma es tratado por los neoliberales vía coaching ontológico, el poeta Henri Meschonnic propone una alianza con el síntoma fundado en una audibilidad de aquello que se resiste a la adaptación. Escuchar una verdad en aquello que no se adecuaba a ese mundo de visibilidades”. Nombrar los silencios es entonces un gesto de honestidad política, una forma de decirnos que aún hay muchas preguntas incómodas que no hemos querido —o no hemos podido— formular. Pero también es una invitación a escucharnos mejor, a habilitar espacios donde lo no dicho pueda ser dicho sin temor, sin dogmas y sin cálculo. Porque tal vez, solo cuando podamos hablar de lo que callamos, podamos también imaginar otras formas de estar juntxs, de hacer política y de construir futuro.

Conclusiones

La derrota electoral de abril de 2025 no fue un accidente ni un simple error de campaña. Fue la expresión de una derrota más amplia, que interpela la estrategia, el lenguaje, los afectos y las formas de organización de las izquierdas. Pero al mismo tiempo, el debate dejó claro que hay voluntad, lucidez y necesidad de rearticulación. En medio del horror, persiste una certeza: hay que volver a encontrarse, a hablar con la gente, a construir esperanza. Y eso solo puede hacerse desde abajo, con otros lenguajes, otras formas y otra radicalidad afectiva.

El encuentro puso en evidencia que no hay soluciones mágicas ni recetas únicas, pero sí múltiples caminos por explorar. La urgencia no es únicamente programática o electoral, sino también ética, simbólica y cultural. Se requiere recomponer los vínculos rotos entre las organizaciones y el pueblo, superar la lógica de los posicionamientos individuales y recuperar una política del nosotros. Esto

implica también reconocer los errores cometidos sin caer en la autoflagelación, y reconstruir colectivamente una visión estratégica compartida.

Además, quedó claro que la resistencia no puede sostenerse desde la nostalgia ni desde el repliegue identitario esencialista, incapaz de construir gramáticas políticas comunes y sobre todo, alianzas rebeldes e inesperadas que incomoden y descoquen la tendencia actual del qué hacer político, como se recoge en *Alianzas rebeldes. Un feminismo más allá de la identidad*, obra coordinada por Clara Serra. Hay que salir al encuentro del otrx, incluso cuando ese otrx no comparte plenamente nuestro lenguaje. Escuchar sin juzgar, proponer sin imponer, disputar sin anular. La disputa por el sentido común es también una disputa por el afecto, por la vida cotidiana, por la posibilidad de imaginar un país distinto desde la experiencia vivida de quienes hoy están desencantados, asustados o en silencio. El reto de las izquierdas no es sólo resistir, sino también reinventarse.

Por eso, más que una simple evaluación del pasado reciente, este debate fue un ejercicio de memoria activa, de pensamiento crítico y de apuesta por el futuro. Una invitación a sostener el encuentro, a convertir la reflexión en acción, y a transformar la rabia en ternura organizada. Porque aunque el panorama es adverso, aún queda lo más valioso: la voluntad de quienes no se rinden, de quienes siguen creyendo que la construcción de otra sociedad más justa es posible no fue un accidente ni un simple error de campaña. Fue la expresión de una derrota más amplia, que interpela la estrategia, el lenguaje, los afectos y las formas de organización de las izquierdas. Pero al mismo tiempo, el debate dejó claro que hay voluntad, lucidez y necesidad de rearticulación. En medio del miedo, persiste una certeza: hay que volver a encontrarse, a hablar con la gente, a construir esperanza. Y eso solo puede hacerse desde abajo, con otros lenguajes, otras formas y otra radicalidad afectiva.

Amplitud de debate

Esta sección busca abrir un espacio para seguir pensando más allá del encuentro inicial. Si el conversatorio fue una provocación colectiva y abierta, aquí reunimos tres aportes que amplían, complejizan o tensionan las lecturas compartidas. “Ampliando el debate” no pretende cerrar ninguna discusión, sino sostener una conversación en movimiento, incorporar otras voces, y sumar perspectivas que inviten a mirar desde distintos ángulos los desafíos del momento actual.

Los textos que aquí se presentan responden a una misma preocupación: comprender las condiciones que hacen posible el avance de las derechas y, al mismo tiempo, interrogar las formas en que las izquierdas están respondiendo —o dejando de responder— a esos procesos. El primero de ellos, escrito por Inti Cartuche Vacacela, profesor universitario e intelectual indígena, propone una lectura crítica de las relaciones entre el movimiento indígena y las izquierdas, señalando las tensiones históricas no resueltas, los desafíos que se abren en este nuevo momento, frente a la representación, los límites de las alianzas tácticas y la propia posibilidad de futuro. El segundo aporte, de Pedro Amaru Espinosa, militante de colectivos sociales, examina la estrategia de clientelismo electoral y territorial que ha consolidado Daniel Noboa, mostrando cómo se articula con nuevas formas de dominación y uso instrumental del Estado prebendario. Finalmente, Natalia Sierra Freire, docente universitaria, plantea una reflexión sobre el régimen necroliberal en Ecuador, analizando cómo el gobierno actual ha desplegado una política de administración de la muerte que normaliza la violencia y desactiva las capacidades de indignación colectiva.

Cada uno de estos textos ofrece un marco interpretativo particular, atravesado por preguntas distintas, pero complementarias. Lejos de buscar una síntesis o una voz única, esta sección afirma la necesidad de sostener el disenso, abrir grietas de pensamiento y alimentar la reflexión política desde múltiples lugares. Porque solo así podremos acercarnos, con mayor claridad y fuerza, a los dilemas que hoy nos interpelan.

El futuro del movimiento indígena y la izquierda, de Inti Cartuche Vacacela

1

Los últimos resultados electorales en Ecuador han planteado una pregunta urgente sobre los caminos que el movimiento indígena y la izquierda pueden tomar hacia el futuro inmediato y de largo plazo. No se trata solo de una derrota electoral del progresismo y el movimiento indígena. De hecho, la Revolución Ciudadanía (RC) obtuvo una votación nada despreciable (44,37%), que en principio da cuenta de un nivel de apoyo de varios sectores populares, concentrada sobre todo en la costa del país que se sostiene. Sin embargo, es al mismo tiempo la tercera derrota consecutiva a manos de las derechas. Lo que podría mostrar un límite a la expansión de las fuerzas progresistas y populares con posibilidad real de hacer frente a las oligarquías a nivel electoral.

En el caso del movimiento indígena, Pachakutik obtuvo un tercer lugar (5,25%), muy lejos de los dos finalistas. Al mismo tiempo, esa votación estuvo muy por debajo del mejor resultado obtenido en las últimas décadas: la de la primera vuelta de 2021 (19,39%). Paradójicamente, la mejor posición política obtenida en esa coyuntura se desperdició en disputas internas, acuerdos opacos con el gobierno, que a la larga ha ido en desmedro del movimiento.

Visto desde el mediano plazo, el campo popular y progresista —donde podríamos incluir al movimiento indígena y a la RC, más allá de las disputas y diferencias políticas y estratégicas— sufre un reflujo. No ha logrado recuperarse desde 2017. Se podría decir que a pesar de las grandes movilizaciones de octubre de 2019 y, en menor medida, de junio de 2022, tanto el movimiento indígena como la RC, no han logrado romper el bloque hegemónico que la derecha construyó alrededor de sus gobiernos. Viendo desde el presente, la potencia de esos levantamientos populares no se expresó en la disputa del poder político a las élites, que salieron de todas formas ilesas. Quizá la votación de 2021 de Pachakutik fue la que estuvo más cerca de dejar en el camino a la derecha en el plano electoral.

El correlato del reflujo de la izquierda ha sido el avance continuo del bloque de derechas –medios de comunicación alineados, sectores empresariales ligados a los presidentes, narcotráfico, y sectores populares cada vez más amplios–. En nuestro país, el regreso del neoliberalismo se ha ido fortaleciendo votación tras votación, con la profundización de lo que se podría llamar una crisis generalizada de sentido de sociedad: recorte del Estado social, crisis económica recurrente, disociación del tejido social y vacío de horizonte de país.

Todo esto en el contexto de dos factores que han golpeado tremendamente a la sociedad. Por un lado, los efectos económicos y sociales de los dos años de encierro por la pandemia que precarizó la vida de amplios sectores populares y medios del país, y que cambió también las formas de relación intersubjetiva de las personas, con cambios culturales no despreciables. La izquierda no logró esparcir un discurso consistente sobre la pandemia y el papel de la política en su gestión.

Por otro, el apareamiento a la superficie social del país de los efectos de un problema profundo y ampliado ligado al narcotráfico en todo el país, pero, sobre todo, en la costa. La violencia generada por ese fenómeno se ha diseminado por varias capas sociales, pero son efectivamente las clases populares las que la sufren con más contundencia. Y, al mismo tiempo, las redes económicas ligadas al comercio nacional e internacional de drogas de todo tipo han tocado ya las instituciones estatales, a gobiernos, políticos y empresarios; incluso, en el último año, se empieza a mirar los lazos entre el comercio ilícito de drogas y la explotación minera en algunas zonas del país.

En general, asistimos a un cada vez más poderoso sector económico que se caracteriza, no por su condición subterránea, sino por sus cada vez más visibles lazos con gobiernos, empresarios, políticos de varios colores, sectores de las fuerzas armadas, y por su diseminación social y cultural a lo largo y ancho del país, sobre todo en sectores populares.

2

Desde hace ya más de una década, las derechas dejaron de ser partidos encerrados en los clubes empresariales y se han volcado a las calles, y poco a poco se van convirtiendo en un movimiento de la sociedad. Un factor importante en la ola derechista es que han logrado conformar un bloque, donde tienen sectores sociales medios y populares que pueden movilizarse en las redes sociales, o incluso en las calles. El avance de la derecha en el campo electoral se relaciona con su avance político e ideológico en buena parte de la sociedad ecuatoriana. Pero hay que señalar que este avance del bloque de derecha no tendría mayor posibilidad si no existieran algunas condiciones materiales y subjetivas en la sociedad.

La crisis social provocada por la pandemia, más el continuo ataque a los derechos sociales han puesto a los sectores

populares al filo de la desesperación. Las salidas a esas crisis las ha mostrado, por un lado, el narcotráfico a nivel económico, mientras que a nivel político las derechas hábilmente han logrado movilizar un discurso anti estatal, anti correísta y anti izquierda, impulsando, por ejemplo, la propaganda contra Venezuela y Cuba como horizontes no deseados.

En su lugar, ha enarbolado un complejo discurso distribuido de acuerdo con cada clase social. Para los sectores populares, ofrecerle soluciones punitivas al grave problema de la violencia generalizada por el narcotráfico ha sido la mejor forma de dotarle de un sentido pragmático a su programa de gobierno, y ha logrado conectar con estos sectores. En cambio, las izquierdas no han logrado darle una explicación o solución sencilla al problema –porque en realidad no la hay– pero eso no hace sentido a amplios sectores populares urgidos de soluciones inmediatas.

En principio, algunas razones que pueden ser planteadas como explicaciones del voto a la derecha de sectores populares, incluidas las del movimiento indígena pueden ser las siguientes. La primera, en efecto, es que el discurso anticorreísta, activado con más fuerza por el bloque de derecha en la coyuntura electoral –aunque sostenido por ella ya por varios años, ciertamente es una táctica política continua y efectiva–, se ha enraizado en ciertos sectores del movimiento indígena que sufrieron ataques en la época progresista, y que ni el movimiento indígena ni la RC han logrado procesarlo o superar a la luz del cambio de coyuntura política y actuar en consonancia. Aquí hay un pendiente a solucionar.

Pero hay que considerar que la oposición de esos sectores al correísmo, no se sostiene solamente en las acciones de gobiernos pasados, sino que se asienta en una cierta subjetividad proclive al discurso derechista. La población indígena, en similar medida a grandes sectores populares, asiste desde hace décadas a una transformación sostenida de sus condiciones económicas y sociales: transformación de las comunidades que tienen que ver con cambios en las formas de reproducción material que se asientan en estrategias económicas cada vez más individuales y de familia. En medio de eso, también es importante tomar en cuenta la emergencia de una importante capa social afín al discurso empresarial, cuyas ideas se diseminan por medio de redes sociales, con la visible aparición de una especie de “intelectualidad” indígena orgánica que abandera discursos anti estatales, pro empresariales, anti izquierda, y que estuvieron muy activos en la campaña contra el progresismo y la Conaie.

Aunque no se puede decir que hay una relación lineal entre las nuevas realidades económicas y sociales y el voto hacia la derecha, si es importante el contexto de mejores condiciones subjetivas para que cale el discurso del bloque derechista, con todo el peso de la difusión cultural, por medio de redes sociales a nivel mundial, que se tiene en la actualidad.

Frente al avance del bloque de la derecha, el movimiento indígena y la RC ensayaron una alianza electoral para la segunda vuelta, con miras a lograr derrotar al candidato Noboa. A pesar de que existieron reuniones previas entre varios colectivos y organizaciones sociales, parece ser que la votación no expresó esas cercanías. En realidad, la alianza se produjo en un momento de desfase político muy notorio. Fue evidente que las bases sociales del movimiento indígena no estuvieron en total acuerdo con la alianza, más allá de los discursos dirigenciales, produciendo que el apoyo recibido por el candidato de Pachakutik no se traslade a la RC. Con una Conaie con fuertes disputas internas, entre un grupo liderado por el presidente y las diversas posiciones de otros líderes más antiguos, era previsible que dicha alianza fracasara. En lugar de fortalecer una posición anti neoliberal, al parecer y al menos en el movimiento indígena fue a contracorriente.

Esto tiene que ver con las confrontaciones al interior de la Conaie y de estas con Pachakutik que se arrastran ya desde hace unos cinco años, pero se han vuelto agudas en este último tiempo. El problema al interior de la Conaie es que luego de las elecciones los fraccionamientos no han hecho más que profundizarse, y no se ven en el corto plazo mayor posibilidad de rearticulación interna. Pero el problema no es simplemente un efecto de la alianza, tiene ya una profundidad de mayor alcance. Hace rato que la distancia entre cierto sector de las dirigencias y las bases sociales se ha ampliado, en medio de una crisis de proyecto político que ha dejado sin estrategia o dirección política concreta y creíble.

En su lugar, lo que se ha vuelto visible es el uso de una retórica clasista –que puede gustar a cierta intelectualidad o militancia de izquierda– pero que lamentablemente no sintoniza con la realidad de las comunidades y poblaciones indígenas en general. Esto no significa que la recuperación de una posición de clase no sea necesaria, pero no basta con asumirla, es necesario conectarla con el sentir de la gente, en las condiciones materiales y subjetivas en las que se desarrolla la vida cotidiana de quienes conforman las bases sociales y organizativas del movimiento, de lo contrario se convierte en un discurso ajeno, poco audible. ¿Qué sentido le puede hacer a una buena parte de los sectores populares, cuyas experiencias cotidianas ya están enmarcadas por la ideología neoliberal, un discurso radicalizado, que no hace sentido con la realidad y los deseos de la gente? No se trata de abandonar los marcos políticos de clase. Pasa más bien por una falta de estrategia –o si se quiere de pedagogía política– que logre dotarle de otro marco de comprensión a la situación de crisis generalizada. Cosa que la derecha ha logrado hacerlo mejor.

Sumado a eso, se piensa que el problema al interior del movimiento indígena –que bien se puede extender a otros movimientos populares– se soluciona por la vía punitiva, la expulsión de ciertas dirigencias que se han desviado de un proyecto político –que además en la actualidad está prácticamente olvidado–. El problema es que esas

facciones dirigenciales son apenas el síntoma de lo que ocurre más abajo, son la expresión superficial de un movimiento ideológico político que ha empezado a hacer raíces en las profundidades de las bases sociales, pero que no se comprenden aún a cabalidad por las dirigencias de las organizaciones. Problemáticas que, obviamente, no se solucionarán con cacerías de brujas o con recurrir a divisiones tajantes en nombre de un discurso “clasista” radicalizado. El problema es más complejo que eso, y las soluciones no son inmediatas ni a corto plazo. Una política punitiva no hará más que profundizar las divisiones entre dirigencias y bases sociales, y a la larga pondrá en serio riesgo de implosión del movimiento indígena como movimiento social.

En este sentido, uno de los problemas de las izquierdas es que no han logrado construir o renovar un discurso y una práctica política articulada a la experiencia cotidiana de las personas, realidad que está visiblemente construida por elementos de un discurso empresarial que dice todo el tiempo que la solución a la precariedad está en el esfuerzo individual, no en el Estado, no en la política, mucho menos en la distribución inequitativa de la riqueza, concentrada en pocas manos. A esto suma, la reemergencia de discursos conservadores racistas y clasistas que se han vuelto sentido común en un amplio sector de la sociedad. Pero, es justamente este el triunfo del bloque de derecha: borrar de la conciencia colectiva de las clases populares las raíces de su precariedad y reemplazarlo por el sesgo ideológico, paradójicamente apuntalado por el discurso del fin de las ideologías.

Pero no es simple inoculación de un mecanismo ideológico. Pasa por una especie de sintonización con la realidad de las personas, donde ancla su fuerza. El bloque de derecha ha logrado dotarle a la crisis generalizada de la sociedad de una respuesta que tiene un sentido de futuro, de una esperanza (irreal), pero que frente al vacío de horizonte, sirve de ancla de salvación a algunos sectores populares.

Frente a eso, la tarea a corto plazo de las izquierdas, de sus organizaciones sociales, no pasa por una respuesta meramente ideológica. No es posible enfrentar el devenir ideológico de la derecha al interior de los sectores populares con “ideología de izquierda”, porque eso es el producto, no la causa, de fenómenos sociales más complicados que han llevado poco a poco a la situación en la que se encuentran los sectores populares. El momento actual requiere más que señalamientos de traiciones o desviaciones, una voluntad de escucha, de ir a las bases, no a indicar por dónde deberían ir ideológicamente, sino a mirar que realmente están viviendo, cómo es su experiencia cotidiana, y por qué la derecha logra sintonizarse con su situación.

Se trata de comprender la complejidad de la situación, para poder luego delinear colectivamente tácticas y estrategias políticas que puedan revertir la situación. En este sentido, lo que hace falta es pensar, a partir de la realidad concreta, estrategias políticas de reconstrucción de la izquierda. No es un problema ideológico, ni de desviaciones, sino de cómo darle a las clases populares un horizonte de futuro. El campo

popular, el movimiento indígena y la RC, se enfrentan a un problema político serio, cosa que no se solucionará con discursos radicales, sino con política radicalmente anclada a la realidad que la gente vive cotidianamente. La estrategia política pasa quizá por “volver a lo nuestro”, como dijo alguna vez un dirigente histórico de la Conaie.

Y con eso se refería a ir a las bases a escuchar, reconstruir y replantear a partir de lo que hay. No desde un deber ser de izquierda, sino de lo que es posible dentro del contexto material y subjetivo actual. Una políticamente radical –realmente marxista– no pasa por el voluntarismo de grupos ideologizados en todos los espectros de la izquierda, sino por saber conectar con el sentir de las clases populares, a partir de las cuales disputar los sentidos de futuro, de democracia, libertad y socialismo. Y por tanto de reconstruir un proyecto político de izquierda radical pero real ¿Cómo es posible construir una política radical desde el Estado pero conectada y controlada por los sectores organizados de la sociedad? La respuesta, a riesgo de equivocación, parece haberla tenido como una débil señal, la del Estado plurinacional, planteado como construcción del poder y la democracia desde las clases populares.

4

Finalmente, hace falta también una lectura de la coyuntura de las izquierdas desde una perspectiva histórica de largo alcance. La crisis de sentido de un proyecto político de izquierda –en sus variadas propuestas, que incluyen las del movimiento indígena y de la RC– se debe comprender en el gran arco de la derrota continua de los horizontes de sentido construidos por el socialismo del siglo XX a nivel mundial. En América Latina, la arremetida neoliberal ha ido debilitando, traduciendo, orillando los sentidos comunes de la democracia, el Estado, la vida en sociedad y el socialismo, por medio de políticas económicas que han trastocado la experiencia de las personas y la sociedad.

En ese marco, las derrotas de los partidos y movimientos obreros en los ochenta marcan el inicio de la derrota. En los noventa, en medio del desprestigio mundial del socialismo y del marxismo, el movimiento indígena se enfrenta prácticamente solo al neoliberalismo, lo que marcó sus límites políticos y estratégicos.

La llegada del progresismo, en medio del debilitamiento del movimiento indígena y su debilidad electoral, significó una posibilidad de recomposición de la izquierda nacional y regional. Pero sus límites vinieron por la imposibilidad de conjugar movimientos sociales autónomos con política estatal anti neoliberal, la confrontación permanente del gobierno con organizaciones populares como la Conaie y de ciertos sindicatos de trabajadores también tienen efectos en la actualidad. Sumado a una falta de articulación de política económica con organización social que hubiera posibilitado quizá una construcción subjetiva más fuerte alrededor de los derechos y del papel del Estado social.

La arremetida actual de la derecha mundial, regional y nacional, se puede entender como el intento por poner punto final al horizonte del socialismo histórico, y como contundente respuesta al intento –en mayor o menor medida dependiendo de las experiencias de cada país– de retomar ese proyecto histórico por los progresismos y la pervivencia de amplios movimientos sociales de izquierda a lo largo de América Latina, que de diversas formas han enfrentado a las clases dominantes de la región. Queda en la coyuntura, saber por dónde se decantará la activa arremetida de clase. Pero como es bien sabido, el futuro no está determinado totalmente por la estructura política económica, siempre es importante la voluntad y la decisión que las clases populares pueden poner en la lucha por una sociedad mejor.

La estrategia clientelar de Noboa, de Pedro Amaru Espinosa

Las elecciones del 2025 fueron inéditas por la aplicación exacerbada de prácticas clientelares por parte de la derecha, y en particular de Acción Democrática Nacional (ADN). Dichas prácticas se consumaron dentro de una estrategia que, a través de mecanismos asistencialistas, la oferta de puestos públicos a dirigentes territoriales y regalos de todo tipo a sectores populares buscaba garantizar el apoyo al candidato presidente Noboa, en un contexto de resultados desastrosos después de un año y medio de su gestión.

La estrategia dio resultados. Noboa no solo ganó la segunda vuelta, sino que consiguió una diferencia significativa frente a Luisa González, que le otorgó legitimidad a su triunfo pese a todas las inconsistencias del proceso electoral. Sin duda, hay que resaltar que la posibilidad del éxito de la estrategia clientelar estuvo acompañada de una campaña mediática, sostenida en ensuciar la imagen y las propuestas de los sectores progresistas y de izquierda; al mismo tiempo que ocultaba y edulcoraba las prácticas antidemocráticas y de violación al Código de la Democracia.

El clientelismo como principal mecanismo político es parte de lo que propone la primera tesis, pues el ejercicio de esta en las dimensiones que expondremos a continuación, solo son posibles ante un proceso electoral fraudulento y sin regulación alguna, que se ejecuta para el beneficio del candidato presidencial Noboa.

En la segunda vuelta, la estrategia clientelar de ADN partió de una fuerte priorización de los territorios en los que se debía poner mayor énfasis. Estos territorios se caracterizaban por tener una cantidad significativa de votantes de sectores populares y por tener un margen importante de votos en disputa que podía acaparar la Revolución Ciudadana.

Dichos votos en disputa se definían por tres condiciones: margen de población que en primera vuelta no voto pero que estaban habilitados para hacerlo, margen de población que votó por otra candidatura diferente a la de ADN y Revolución

Ciudadana (RC) —especialmente a quienes votaron por el candidato Leónidas Iza de Pachakutik— y margen de población que había votado por la RC en primera vuelta sin mayor convencimiento. En la ciudad de Quito, por ejemplo, estas variables dieron como resultado la priorización de parroquias como Calderón, Guamaní, La Ferroviaria, La Argelia, La Ecuatoriana, Chillo Gallo, El Condado, entre otros.

Estas parroquias concentraron la mayor cantidad de eventos de campaña y recibieron múltiples visitas de figuras políticas de ADN. En dichos eventos se promocionaban bonos y ayudas económicas, que fueron aprobadas durante la campaña desde la Presidencia. Además, se ofrecían otros beneficios previamente anunciados por Daniel Noboa en su campaña de 2023 —como el bono para mujeres embarazadas—, con el objetivo de reforzar su alcance en sectores populares. Junto a la promoción de bonos, se regalaron kits de víveres y vestimenta, que convertían los ofrecimientos en gestos caritativos disfrazados de interés por atender las necesidades de las poblaciones más empobrecidas.

Para asegurar el respaldo de la población en los eventos y entrega de kits, ADN cooptó a dirigentes barriales, quienes bajo el ofrecimiento de tener cuotas de poder o un trabajo en el Estado, convencían a la población garantizándoles la entrega de regalos y ser tomados en cuenta como beneficiarios de bonos y ayudas económicas promocionadas.

A estas acciones se suma la entrega de cocinas eléctricas por parte del Estado, las cuales fueron entregadas en algunas de estas parroquias y a la población a fin a los dirigentes previamente cooptados por ADN. El Ministerio de Inclusión Económica y Social (MIES) argumentó que la entrega de las cocinas se debía al cumplimiento de políticas incluyentes, que atendían a la población más vulnerable. Sin embargo, algunas de las personas beneficiarias no llegaron a usar las cocinas, sino que las vendían a través de redes sociales. Esta imagen pintoresca ya evidenciaba el nivel de las prácticas clientelares.

A nivel nacional el direccionamiento de bonos y ayudas económicas para las provincias más afectadas por las inundaciones del invierno o para la población afectada por el derrame de petróleo en Esmeraldas, también son muestra de que estas prácticas no tenían reparos en disimular sus intenciones y lavarse de cualquier responsabilidad sobre los desastres generados por una pésima gestión.

Este clientelismo exacerbado llevó a que la discusión política en los territorios sea precaria y —bajo el compromiso de la prebenda— se quede en repetir las líneas discursivas que ADN planteaba y que los medios de difusión masiva no tenían interés en contrastar. Esto logró consolidar un escenario idóneo donde la opinión pública no problematice las causas que han agudizado las condiciones de vida y que libere de responsabilidades al gobierno de Noboa.

El desenlace de esta práctica conlleva a la agudización del vaciamiento de la política en el país y particularmente en los territorios, con lo cual se pretende eliminar las resistencias

que pueden surgir a temas delicados que vulneran derechos fundamentales. En ese sentido, la estrategia clientelar también posibilita la segunda tesis: la anulación de la discusión política facilita la conformación de un régimen autocrático, que bajo la promesa de cumplir las prebendas y garantizar seguridad, es capaz de irse contra los principios básicos que conforman las bases de una república democrática.

El clientelismo como principal herramienta política devela tres realidades: la primera, una situación crítica del debate nacional sobre la política en el país; la segunda, un escaso y paupérrimo sistema democrático; y tercera, la posibilidad abierta de que las oligarquías afiancen su poder, pese a ser las promotoras de la crisis y deterioro de las condiciones mínimas de vida.

Ante ello cabe que la problematización, propuestas y estrategia de unidad que se ha formado desde los sectores progresistas y de izquierda —en el contexto de las elecciones presidenciales—, puedan continuar y acumular fuerzas por fuera de los escenarios electorales, creando procesos en los territorios que combatan las prácticas clientelares y que generen insumos para retomar debates políticos profundos, que problematicen las condiciones de vida y las causas que los empeoran.

Ecuador: del neoliberalismo al necroliberalismo, de Natalia Sierra Freire

En este breve texto, ensayo una lectura posible de la declaratoria de conflicto armado no internacional (CANI) efectuada el 9 de enero del 2024 por el presidente Daniel Noboa, en el contexto de la crisis de seguridad que vive la sociedad ecuatoriana y de cara al último proceso electoral vivido en el país.

A la luz de la tesis sobre la gubernamentalidad neoliberal, trabajada por Michel Foucault para comprender la política de gobierno que acompaña la expansión global del capitalismo financiero de las tres últimas décadas del siglo XX, propongo pensar la declaratoria de guerra interna hecha por Noboa como un signo de apertura hacia la gubernamentalidad, que llamo, necroliberal y que acompañaría la expansión del capitalismo criminal de las primeras décadas del siglo XXI, en Latinoamérica y, particularmente, en Ecuador. En función de exponer esta hipótesis de trabajo, desarrollo tres argumentos que los presento a modo de premisas que sostienen la idea de la transición hacia una gubernamentalidad necroliberal.

A.

La economía ilegal en el Ecuador no es de carácter marginal, se constituye aceleradamente en un rubro importante del PIB nacional. Según estudios, aproximados, estaría en torno al 5% del PIB, lo que la coloca entre las primeras economías junto a la exportación de petróleo (12%) y a las remesas de la población migrante (5%). Estos y otros datos económicos

indican que el capital criminal empieza a tener una importante presencia en la economía ecuatoriana y a disputar espacios de poder y control en sus instituciones políticas.

B.

El avance del capital criminal conlleva una racionalidad política que redefine el ejercicio del poder y la conducción de los comportamientos de la población. Estoy hablando de un tipo de gubernamentalidad que garantiza la actual reproducción del capital en su forma abiertamente criminal, que implica un conjunto de dispositivos (saberes y técnicas) encaminados a lograr la aceptación de la población de la necropolítica gubernamental (administración y distribución de su propia muerte) como política de seguridad del Estado.

C.

A esta racionalidad política, que acompaña la expansión del capital criminal, la llamo necroliberalismo, en la medida que articula el principio liberal de la competencia y la mano invisible del mercado con la administración y distribución de la muerte de la población. Dicho de otra manera, la racionalidad necroliberal supone la libre competencia de la violencia en todas sus formas, el dejar hacer y dejar pasar al crimen para garantizar la valorización del valor.

Dicho esto, paso a enunciar algunas características del necroliberalismo observadas a partir de la declaratoria de guerra interna:

1. *El crimen y la violencia como principio organizador de la sociedad.*

El necroliberalismo extiende la lógica de la economía criminal a ámbitos no estrictamente económicos -como al Estado, las cárceles, los barrios, la familia, la educación, la comunicación-, transformándolos en espacios de violencia. Obsérvese como la militarización del país ha significado un ejercicio de violencia criminal por parte del Estado, basta referirse a la desaparición forzada y asesinato de los 4 niños de la Malvinas. Podemos referir también las prácticas de extorsión, amenaza y chantaje replicadas en las instituciones del Estado, las escuelas, los colegios, las universidades, los medios de comunicación, las relaciones laborales y familiares.

Poco a poco la sociedad ya no es vista como un conjunto de instituciones, sino como un campo de guerra entre empresarios, políticos e individuos que actúan como delincuentes. Forma de comportamiento que se normaliza en el país.

2. *El sujeto como verdugo de sí mismo*

Bajo la gubernamentalidad neoliberal, el individuo debe gestionar su vida para ser sacrificada en aras del capital criminal, hablo de un trabajador predispuesto a la muerte para maximizar su valor en el mercado criminal. No solo refiero a los sicarios, los obreros y soldados del capital criminal,

hablo de los consumidores de mercancías criminales, de los ciudadanos que piden que se elimine derechos humanos, que apoyan la pena de muerte, que solicitan prácticas de tortura para los delincuentes, que aceptan que los militares se conviertan en criminales y torturadores, que admiten ser humillados, que consienten que sus políticos se comporten como mafiosos, etc. Basta recordar como grandes sectores de la sociedad ecuatoriana han aceptado y aplaudido todas las violaciones constitucionales que ha realizado el gobierno en nombre del combate a la delincuencia en la "guerra contra las drogas".

Basta recordar como gran parte de los medios de comunicación empresariales justifican la desaparición forzada de ecuatorianos a manos de los militares, torturas a jóvenes empobrecidos y racializados realizadas por los militares y exhibidas por las redes digitales. La vida ya no es un derecho, sino un privilegio de clase para la gente de ciertas fracciones de las clases medias y altas, que viven en ciertos barrios, que estudian en ciertas instituciones de educación, que trabajan en ciertos empleos.

3. *El Estado al servicio de las mafias*

A diferencia del neoliberalismo, el necroliberalismo no busca un Estado mínimo sino un Estado mafioso que cree las condiciones para la criminalidad. El Estado interviene para garantizar la impunidad de los crímenes perpetrados por los capitalistas criminales. Debilita las instituciones de control y fiscalización, debilita las instituciones de justicia y permite su infiltración por los operadores del capital criminal, debilita la institución de las Fuerzas Armadas y la Policía Nacional para que sean fácilmente corrompidas. No es difícil observar cómo en este año de guerra, la Fiscalía ha sido utilizada para perseguir a la oposición política, crear casos judiciales y falsos positivos que encubren otros procesos ligados a los grandes empresarios del narco, lavadores de dinero sucio o exportadores de droga.

Los jueces son instrumentalizados para fallar a favor de los negocios criminales en muchos de sus niveles, pero sobre todo en los niveles más altos de la narcoburguesía.

4. *La corrupción como norma social*

La corrupción ya no es una práctica sancionada socialmente (como dicta un Estado de Derecho y una sociedad democrática), sino una norma impuesta mediante su institucionalización de hecho. Hemos observado la formación de una estructura paralela en varias instituciones del Estado, desde las operaciones que negocian las regalías para la comercialización petrolera, pasando por los cupos de exportación y la comercialización interna de combustible, hasta simples trámites para obtener la cédula de ciudadanía, sin que el gobierno haga nada para evitarlo.

Esto genera una sociedad donde la impunidad se normaliza como resultado del cinismo y complicidad de las autoridades de control.

5. Necropolítica y control de la muerte

En necroliberalismo está directamente vinculado con la necropolítica, el poder ya no solo administra la vida, sino que administra y distribuye la muerte mediante: la restricción a medicinas indispensables para salvar vidas, como es el caso del no pago a las dializadoras que provocó la muerte de 1000 pacientes en el 2024; la restricción de la comida en los centros penitenciarios que llevó a la muerte por inanición de varias personas privadas de la libertad; la permisividad a las Fuerzas Armadas para que realicen ejecuciones extrajudiciales de "terroristas" capturados, sólo para poner algunos ejemplos. La necropolítica busca reducir la población que considera sacrificable y así optimizar los gastos estatales de salud, seguridad y justicia. Se han construido discursos que criminalizan la cultura, la clase, la ideología, "si te matan es porque eres afro, costeño y por lo tanto delincuente", "si te matan es porque eres pobre y debes pertenecer a algún grupo de delincuentes", "si te encarcelan es porque eres zurdo, progre, correísta y, por lo tanto, debes ser narcoterrorista", "si te persiguen es porque eres defensor de derechos, por lo tanto, defensor de delincuentes". Estamos ante la clara criminalización de la cultura, la pobreza, la disidencia ideológica y política que busca justificar el asesinato biológico, social o simbólico de sectores de la población.

El necroliberalismo promueve una anti ética donde el desprecio al otro (indio, negro, pobre, zurdo, progre, sexodivergente y, en el caso de Ecuador, correísta) se considera un valor moral que debe promoverse a través de discursos de odio que se distribuyen por los medios empresariales, por opinadores influyentes de las redes, por los ejércitos de troles. Todos estos sectores estigmatizados y convertidos en el mal de la sociedad no tienen derecho a vivir, no tienen permiso para vivir.

6. Gobierno neooligárquico

Con el necroliberalismo retornan los gobiernos oligárquicos ligados al capital agroexportador en la era de la exportación de cocaína. No hay que olvidar que para el 2024, Ecuador se convierte en el primer país exportador de cocaína en el mundo, superando a Colombia y Perú. Antes de la era petrolera, en la década del 60 del siglo XX, el Ecuador ya era el primer exportador de banano, que le valió el reconocimiento de República Bananera. Tampoco hay que olvidar que es la familia Noboa, oligarquía agroexportadora, una de las mayores exportadoras bananeras que cuenta con la más grande infraestructura de exportación incluida la naviera. Para el 2025 de este siglo nos hemos convertido en la "República coquera", actualmente gobernada por el heredero de la Exportadora Bananera Noboa. El capital criminal, que infesta la economía del país requiere, la aplicación de una gubernamentalidad necroliberal que lo garantice, es esa política de gobierno la que, creo, se impuso en las elecciones de abril de 2025.

Fuentes Bibliográficas

Foucault, Michel, *El Nacimiento de la Biopolítica, curso en el Collège de France 1978-1979*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.

Mbembe, Achille, Necropolítica. Sobre el Gobierno Privado Indirecto. España: Melusina, 2011.

Sierra, Natalia, "Política de seguridad y necroliberalismo: Ecuador 2024". Política y Cultura, julio-diciembre 2024, núm. 62, pp. 91-109. DOI: <http://doi.org/10.24275/00000000>

Para seguir pensando colectivamente

Este boletín ha sido un primer esfuerzo por abrir preguntas, compartir lecturas y activar una conversación colectiva sobre el momento político que atravesamos. Desde las siete tesis iniciales hasta los aportes ampliados, pasando por el registro de la discusión y las reflexiones sobre los silencios, lo que aparece con claridad es la necesidad urgente de pensar desde el presente, sin atajos ni nostalgias, y de hacerlo en clave colectiva, crítica y abierta.

Tomarnos el tiempo para pensar no significa descuidar la cautela, la reflexión y la acción concreta, como un “dormirse en los laureles”; al contrario, implica un gesto de vigilia: despertar, despejar la mirada y reconocer, con la mayor nitidez posible, la complejidad de este momento. Ese tiempo de pensamiento es, también, la condición para profundizar, caracterizar con rigor y formular nuevas preguntas que nos permitan ir más allá de los diagnósticos superficiales.

No se trata de alcanzar consensos rápidos ni de cerrar diagnósticos, sino de sostener el ejercicio de reflexión política como parte fundamental de cualquier intento de recomposición. Sabemos que no todas las voces están aquí, que quedan muchos debates por abrir y que hay saberes que aún no han encontrado espacio para decirse. Por eso, este boletín no es un punto final, sino una invitación a seguir pensando, a sumar perspectivas, a proponer otras preguntas.

Convocaremos una nueva reunión en **julio de 2025** para seguir ampliando este diálogo y profundizar en los desafíos que enfrentamos. Si estás interesada o interesado en ser parte de ese espacio o en contribuir con futuras reflexiones, puedes escribirnos a izquierda593@gmail.com. Este proceso es abierto, horizontal y en constante construcción.

Agradecemos especialmente a la **Friedrich-Ebert-Stiftung en Ecuador** por su apoyo para hacer posible este primer encuentro y por acompañar, como aliada, estos esfuerzos colectivos por sostener y alimentar una reflexión política rigurosa, crítica y situada.

Sobre Izquierda 593

Izquierda 593 es un espacio autónomo de reflexión política impulsado por militantes, activistas e investigadoras de distintas trayectorias de las izquierdas ecuatorianas. Nace de la necesidad de pensar colectivamente el momento político actual y de crear un lugar para el debate crítico, la construcción de hipótesis y el intercambio entre generaciones, territorios y experiencias diversas.

Es un esfuerzo abierto, plural y en movimiento, que apuesta por la elaboración colectiva como parte fundamental de toda práctica transformadora.

